



ARTÍCULOS

UTOPIA Y PRAXIS LATINOAMERICANA. AÑO: 24, n° 85, 2019, pp. 220-238
REVISTA INTERNACIONAL DE FILOSOFÍA Y TEORÍA SOCIAL
CESA-FCES-UNIVERSIDAD DEL ZULIA. MARACAIBO-VENEZUELA.
ISSN 1315-5216 / ISSN-e: 2477-9555

La metáfora del 'escenario' en la dinámica política y la valoración de la república parlamentaria en La lucha de clases en Francia y en El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte de Karl Marx

The metaphor of the 'stage' in the political dynamics and the valuation of the parliamentary republic in the class struggle in France and in the eighteenth brumaire by Louis Bonaparte of Karl Marx

Javier Balsa

jibalsa@unq.edu.ar

Universidad Nacional de Quilmes, Argentina

Este trabajo está depositado en Zenodo:
DOI: <http://doi.org/10.5281/zenodo.3338581>

RESUMEN

Este artículo analiza, en primer lugar, las consecuencias que tiene el uso de la metáfora del "escenario" para dar cuenta de la dinámica política, en La lucha de clases en Francia y en El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte de Marx. Más específicamente, estudia cuatro cuestiones: la entrada y la salida de actores, la reconfiguración del escenario por estos movimientos y por la constitución de bloques de alianzas, la incidencia de la arquitectura del escenario, y la lucha por significar los procesos y eventos políticos puntuales. En segundo lugar, el artículo analiza las valoraciones contradictorias del escenario de una "república parlamentaria" que contienen estos textos.

Palabras clave: dinámica política; escenario; Marx; república.

ABSTRACT

This article analyses, first, the consequences that has the employ of the metaphor of the "stage" to comprehend the political dynamic in The Class Struggles in France and The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte of Marx. More specifically, it studies four questions: the entrance and the exit of actors, the reconfiguration of the stage caused by these movements and by the constitution of alliance blocks, the impact of the architecture of the stage, and the fight for signify the process and specific political events. Second, the article analyses the contradictory appraisals of the stage of a "parliamentary republic" that these texts have.

Keywords: political dynamic; stage; Marx; republic.

Recibido: 12-02-2019 • Aceptado: 15-05-2019



Utopía y Praxis Latinoamericana publica bajo licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Compártir Igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0). Más información en <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

INTRODUCCIÓN

La lucha de clases en Francia y *El Dieciocho Brumario* de Luis Bonaparte constituyen dos obras fundamentales del análisis de coyuntura que considero aportan los elementos claves para una teoría marxiana de la dinámica política. En particular, en este artículo, procuraré desplegar las consecuencias que tiene el uso de la metáfora del “escenario” para dar cuenta de esta dinámica y, además, reflexionar sobre las valoraciones contradictorias del escenario de una “*república parlamentaria*” que contienen estos textos, en relación a las posibilidades emancipatorias para el proletariado.

Marx, a lo largo de todo *El Dieciocho Brumario* de Luis Bonaparte (1852) [en adelante, 18B], como así también de *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850* (1850) [en adelante, LCF], presenta la dinámica política como proyectada sobre un escenario, al cual entran y salen los actores sociales (representados por los partidos y corrientes de opinión, pero con su esencia de clase inescindible). Considero que es útil interrogarnos acerca de qué significa la metáfora del escenario y qué consecuencias tiene sobre el análisis de la dinámica política. La primera parte de este artículo abordará este problema, que distinguimos en cuatro cuestiones: (1) cómo incide la entrada y la salida de actores, (2) de qué manera estos movimientos y la constitución de bloques de alianzas entre actores reconfiguran el escenario político en términos de una geometría del espacio escénico, (3) cómo el escenario (como arquitectura institucional y como construcción imaginaria) incide en la resolución de la lucha política y, finalmente, (4) de qué forma juega la lucha por significar los procesos y eventos políticos puntuales.

En cambio, la segunda parte del artículo se centrará en las distintas valoraciones contenidas en el 18B y en la LCF acerca de un escenario republicano parlamentario en relación con los procesos emancipatorios. Es que ambas obras contienen una tensión a la hora de caracterizar a esta forma de gobierno. Por un lado, aparece como la mejor forma política para organizar la dominación de la burguesía, pero, por otro lado, es presentada como un régimen político que puede favorecer la puesta en discusión esta dominación o, incluso más, que muy probablemente ayude a ponerla en crisis.

Antes de adentrarnos en el análisis, vamos a presentar brevemente los acontecimientos descriptos en la LCF y en el 18B, a fin de que el lector o lectora pueda referir a los eventos que son comentados en las transcripciones que realizaremos. En febrero de 1848, una revolución acabó con el sistema monárquico parlamentario francés, basado en el sufragio censitario, e instauró una república con participación universal masculina. El sentido de la misma se encontró abierto a una disputa que rápidamente se fue definiendo en favor del dominio de los representantes republicanos burgueses, consagrado en el resultado de las elecciones para la Asamblea Nacional Constituyente en el mes de abril. Los sectores populares parisinos se resistieron a este dominio pero, provocados a la insurrección, fueron ferozmente reprimidos en junio de ese mismo año. En diciembre de 1848, sorpresivamente, se impuso como presidente Luis Bonaparte, el sobrino de Napoleón, logrando el apoyo electoral de una gran diversidad de sectores que procuraban impedir el triunfo del candidato del oficialismo republicano burgués. Bonaparte, con una base muy escasa de legisladores propios, gobernó apoyándose en los dos partidos monárquicos (divididos por sus preferencias en relación a la casa de Orleans o de los Borbones, y también por su vinculación con la burguesía financiera o los terratenientes, respectivamente). Esta alianza, denominada por Marx como “partido del orden”, logró derrotar, primero, a los sectores republicanos de izquierda (conformados por los unificados sectores pequeñoburgueses y proletarios), que habían logrado un claro avance electoral en mayo de 1849. El partido del orden los empujó a la lucha en las calles, pero al darla en forma pacífica y poco decidida, fueron derrotados en junio de 1849. Luego sería el turno de los republicanos burgueses, que no pudieron reaccionar en forma efectiva cuando se suprimió el sufragio universal y se dictó una ley de prensa autoritaria, en mayo de 1850. Entonces, progresivamente, Bonaparte, cuya reelección estaba impedida constitucionalmente, entró en tensiones cada vez más fuertes con los dos partidos monárquicos, que además no lograban unificar su accionar. El presidente pidió la restauración del sufragio universal, pero la Asamblea Nacional lo rechazó,

aunque por escaso margen. Finalmente, en diciembre de 1851, Bonaparte organizó un golpe de estado, legitimado luego a través de un plebiscito. Ya fuera del período analizado por Marx en este libro, en noviembre de 1852, el proceso terminó en la sanción plebiscitaria de un Imperio, entronizándose como Napoleón III.

LA METÁFORA DEL ESCENARIO

Los actores configuran una escena

Con la proclamación de la república sobre la base del sufragio universal [...] en vez de unas cuantas fracciones de la burguesía [que eran las que habían agitado las aguas políticas antes de febrero de 1848], todas las clases de la sociedad francesa se vieron de pronto lanzadas al ruedo del poder político, obligadas a abandonar los palcos, el patio de butacas y la galería y a actuar personalmente en la escena revolucionaria (Marx: 1973b, p. 49).

Como vemos, Marx emplea en forma explícita la metáfora de la dinámica política como un escenario, la cual remite directamente a la dimensión teatral de la política. La idea de comedia y tragedia, y más específicamente la cuestión de la teatralidad, han sido extensamente analizadas por otros autores (Riquelme: 1980; Harries: 1995), por lo cual no las trataremos en este artículo. Abordaremos sí, qué implica esta teatralidad en términos de pensar la política transcurriendo sobre un escenario. Esto conduce, tal como lo explicita Marx, a comenzar el análisis estudiando qué actores se encuentran componiendo la escena, al modo como en las obras teatrales se presentan los personajes que formarán parte de cada acto. Más específicamente, Marx presta atención a qué clases o fracciones de clase entran o salen de escena, ya que todo el análisis se realiza en función de la lucha de clases¹.

Esto implica que, por definición, no todas las clases están necesariamente presentes en la escena política. Algunas pueden no haber ingresado aún (porque el sistema político tradicionalmente las excluía) y otras pueden salir de escena. De hecho, como Marx describiera en el fragmento transcrito al comienzo de este apartado, el proceso político de la relativamente repentina Revolución de febrero de 1848 generó una irrupción del proletariado a la escena política con un protagonismo para el que no estaba preparado. Encima, a los pocos meses, la aplicación del sufragio universal para conformar la Asamblea Nacional Constituyente precipitó a numerosas clases en esta escena política, en especial al poco organizado campesinado francés.

La propia dinámica revolucionaria de febrero de 1848 condujo a una situación en la que "todos los elementos que habían preparado o determinado la revolución, la oposición dinástica, la burguesía republicana, la pequeña burguesía democrático republicana, el proletariado social-democrático, encontraron su puesto provisional en el *gobierno* de Febrero" (Marx: 1973a, pp. 22-23). Vemos así que la entrada en la escena política incluso puede, en este tipo de situaciones revolucionarias, conducir a los actores directamente a puestos protagónicos, es decir, a ocupar importantes cargos gubernamentales. Por lo cual, podemos ver que no es lo mismo estar en el centro de la escena, que en un espacio lateral o, directamente, salir de ella². La única clase que entrará a escena sin ocupar cargos políticos nacionales será el campesinado aunque, por su peso electoral, lo hará con una gravitación determinante. Esta dualidad (peso electoral y escasísima

¹ Pues, como ya ha planteado Poulantzas, cuando Marx define la escena política como compuesta por partidos políticos, estos son analizados en función de las clases que representan: la escena política "contiene exactamente la lucha de las fuerzas sociales organizadas en partidos políticos" (Poulantzas: 1985, p. 319).

² En otro trabajo hemos reflexionado acerca del cambio en la dinámica de la disputa por la hegemonía en América Latina que significó que algunas fuerzas de izquierda y centro-izquierda procurasen, con bastante éxito, ubicarse en el centro de la escena política, haciéndose en la mayoría de los casos, con el control del gobierno durante alrededor de una década (Autor: 2016).

capacidad de autorepresentación) será un elemento central de la explicación que Marx brinde de todo el proceso político francés³.

La indicación teórico-metodológica que podría extraerse sería, entonces, la de comenzar todo análisis de situación describiendo qué clases se encuentran sobre el escenario (y cuáles aún están en los palcos o galerías) y si cumplen papeles más o menos protagónicos, o incluso solo son un mero "coro". Esta metáfora del "coro" es la forma en que Marx presenta la posibilidad de que, en un futuro próximo, el campesinado "acompañe" al proletariado en un proceso revolucionario. Como se observa en el siguiente fragmento, este apoyo campesino resultaba clave para que la acción proletaria no sea un mero "canto del cisne", pero no dejaba de constituir solo un "coro" campesino:

Al desilusionarse de la restauración napoleónica, el campesinado francés abandonará la fe puesta en su parcela [...] Y esto tendría efectos sobre la dinámica política francesa en su conjunto: [...] todo el edificio estatal erigido sobre ella se vendrá abajo, y la revolución proletaria obtendrá el coro, sin el cual su solo se convierte, en toda nación campesina, en un canto del cisne (Marx: 1852, pp. 141-142).

Incluso, cabe destacar que este fragmento, que era una nota al pie en la primera edición (de 1852), fue excluido por Marx en la segunda edición del 18B, editada en 1869. Tal vez Marx ya comprendía que no había habido una desilusión del campesinado para con el capitalismo (un problema que sigue siendo una cuestión no menor para toda la tradición socialista revolucionaria)⁴.

En fin, dejando de lado esta problemática cuestión del papel del campesinado en la dinámica política, debemos agregar que la descripción de la composición del escenario no debe ser estática, ya que las clases no solo entran en escena, sino que también pueden salir de ella. Esta partida puede tener lugar por diversos motivos, a veces, impuestos por otros o, en otras ocasiones, relativamente escogidos por los propios actores. Ejemplo, de la primera alternativa es la expulsión por una derrota político-militar, como fue el caso del feroz revés del proletariado en la insurrección de junio de 1848: "con esta derrota, el proletariado pasa al fondo de la escena revolucionaria" (1973a, p. 25). También la salida involuntaria puede ocurrir por la exclusión del sistema político-electoral, como ocurrió a partir de mayo de 1850, cuando se eliminó el sufragio universal y se retornó a un sufragio censitario que excluía a los sectores más pobres. Así, Marx describe que "con la ley electoral y la ley de prensa, el partido revolucionario y democrático desaparece de la escena oficial (Marx: 1973b, p. 176).

Pero la partida de la escena puede ser parte de una decisión política de los propios actores que realizan una retirada, ya sea táctica o estratégica. De este modo, en el 18B se describe que el proletariado no solo fue sacado de la escena por la derrota de junio de 1848, sino que luego algunos de sus dirigentes (los que no fueron "víctimas de los tribunales") decidieron retirarse y abocarse a "experimentos doctrinarios", desplegando cierta actitud de automarginamiento de la lucha política. En este sentido, se refugiaron en entidades mutualistas como "bancos de cambio y asociaciones obreras". Esto, para Marx, implica "un movimiento en el que renuncia a transformar el viejo mundo" y, en cambio, se "intenta, por el contrario, conseguir la redención a espaldas de la sociedad, por la vía privada, dentro de sus limitadas condiciones de existencia, y por tanto, forzosamente fracasa" (1973a, p. 25).

³ La entrada de masas populares en la actividad política será planteada por Gramsci como base para situaciones de "crisis orgánica".

⁴ Un análisis más detallado del problema de la representación, en particular del campesinado, lo hemos desarrollado en Autor (en prensa-a). Específicamente sobre el campesinado en el 18B puede consultarse Katz (1992).

Incluso las propias instituciones estatales pueden retirarse de la escena. Así, Marx analiza cómo la Asamblea Nacional decidió suspender sus sesiones entre agosto y mediados de octubre de 1849, dejando todo el escenario a la figura de Luis Bonaparte, con el costo que esto significó para el poder legislativo:

(...) la Asamblea Nacional obró impolíticamente al desaparecer de la escena durante tan largo intervalo, dejando que sólo apareciese al frente de la república una figura, aunque lamentable: la de Luis Bonaparte..." (1973a, p. 63).

LA GEOMETRÍA DE LAS FUERZAS EN EL ESCENARIO Y LA COMPOSICIÓN DE ALIANZAS

La entrada o salida de clases o fracciones de clase de la escena redefinen todo el tiempo el escenario político, y esto incide en las posibilidades de triunfo o derrota del resto de los actores. Existe una geometría de la escena política, configurando un balance dependiendo del equilibrio de fuerzas, que depende, en primer lugar, del conjunto de actores que están presentes en cada momento específico. El escenario, en la medida en que se achica, por ejemplo desde su lado izquierdo por la salida del proletariado, desplaza su centro de gravedad, en este caso hacia el lado derecho⁵. Y esto provoca, inmediatamente, un cambio en las relaciones de fuerza entre los actores que permanecen. Esta modificación que tendría lugar al reprimir y sacar de escena al proletariado, es lo que los pequeños burgueses no pudieron percibir, por lo cual solo tomaron conciencia de ello *ex post*. Marx describe cómo inmediatamente después de apoyar a la burguesía contra la insurrección de junio de 1848, quedaron desguarnecidos y sufrieron un ataque por parte de esta misma burguesía "Los pequeños burgueses se dieron cuenta, con espanto, de que, al aplastar a los obreros, se habían puesto mansamente en manos de sus acreedores" (Marx: 1973b, p. 80).

Entonces la redefinición del escenario según los actores presentes en la escena es uno de los factores claves a tener en cuenta en el análisis de la relación de fuerzas. Marx no utiliza este concepto (que sí va a ser ampliamente desarrollado por Gramsci) pero emplea este esquema en reiteradas ocasiones, y justamente critica a los demócratas pequeño burgueses por no considerar la correlación de fuerzas. Es que, según los demócratas, todo es lucha simple entre republicanos y monárquicos, "reacción" versus "eternos derechos humanos", sin ver el enfrentamiento entre las clases (Marx: 1973a, p. 48). En este sentido, caen presos del uso del significante "pueblo"⁶. Es que los demócratas pequeño burgueses incurren en el engaño de no analizar la lucha de clases y no medir las relaciones de fuerzas, por el contrario tienen la siguientes creencias:

(...) los demócratas (...) con todo el resto de la nación que los circunda, forman *el pueblo*. Lo que ellos representan es *el derecho del pueblo*. Por eso cuando se prepara una lucha, no necesitan examinar los intereses y las posiciones de las distintas clases. No necesitan ponderar con demasiada escrupulosidad sus propios medios. No tienen más que dar la señal, para que *el pueblo*, con todos sus recursos inagotables, caiga sobre *los opresores* (Marx: 1973a, p. 57).

El otro factor clave para analizar la relación de fuerzas es observar, no solo quiénes están en escena, sino cómo se asocian entre ellos. Usualmente, las clases y fracciones de clase se agrupan en bloques que pueden tener cierta perdurabilidad o que pueden ser solo coyunturales. El estudio de la coyuntura debe, entonces, proseguir por analizar cómo se ubican las clases en estas alianzas. Obviamente, el aislamiento de una clase frente al resto será una señal clara de su muy probable derrota. Así, por ejemplo, Marx plantea que, en junio de 1848, se encontraban, de un lado

⁵ Marx no era afecto a estas denominaciones de izquierda y derecha, pero para la metáfora del escenario, no encontramos otra opción terminológica mejor.

⁶ Sobre las ventajas pero también los problemas del uso del significante "pueblo", puede consultarse Autor (en prensa-b).

(...) la aristocracia financiera, la burguesía industrial, la clase media, los pequeños burgueses, el ejército, el lumpenproletariado organizado como Guardia Móvil, los intelectuales, los curas y la población del campo. Al lado del proletariado de París no estaba más que él solo (1973a, pp. 24-25).

Con tal distribución, la derrota del proletariado era solo cuestión de tiempo. Es que, luego de la sorpresiva instauración de la república, mientras el proletariado se distraía (“se deleitaba” y “se entregaba con toda seriedad a discusiones sobre los problemas sociales”), “las viejas fuerzas de la sociedad se habían reagrupado”, y “encontraron un apoyo inesperado en la masa de la nación, en los campesinos y los pequeños burgueses” (Marx: 1973a, pp. 23-24).

A lo largo de la lectura del 18B podemos ver un proceso en el cual, al comienzo, el escenario político se amplía abruptamente, entrando todas las clases a la política con la Revolución de Febrero de 1848 y, a los pocos meses, con el sufragio universal tenemos la irrupción del campesinado. Con la derrota de la Insurrección de Junio de ese mismo año (para la cual se alinearon todas las clases contra los obreros), el proletariado sale de escena (y luego solo entrará esporádicamente y, en general, detrás de los partidos democráticos representantes de la pequeña burguesía). En el segundo semestre de 1848, los pequeños burgueses sufren el hecho de que ya no son necesarios en la alianza antiproletaria, y el eje político se ha corrido hacia los partidos de la burguesía. A fines de 1848, el campesinado, prácticamente desde fuera de la escena, inclina la balanza para consagrar a Luis Bonaparte como presidente. En 1849, la prometedora alianza entre demócratas y socialdemócratas, que había alcanzado una importante fuerza electoral, es derrotada y estos actores son ubicados fuera de la escena. En 1850, se consolida esta exclusión al anularse el sufragio universal y sancionarse restricciones a la prensa.

Con esta reducción del escenario, vuelve a operar un corrimiento de las relaciones de fuerza. A partir de entonces, sin la posibilidad de recurrir al apoyo de los demócratas y los “rojos”, los republicanos burgueses son progresivamente eliminados de la dirección política (terminan reducidos a una mínima expresión), que queda en manos de los monárquicos (el “partido del orden”) y Luis Bonaparte. Nuevamente, la escena se rediseña, y la disputa se centra entre estas dos fuerzas, en una lógica, tal vez, más estrictamente política que de divisiones de clase. Dos formas de representación burguesa confrontan por demostrar cuál es más funcional a los intereses de la burguesía, con el ya consabido resultado del triunfo del presidente que terminará, luego, autocoronado como Emperador. Disputa detrás de la cual se debate qué sistema político garantiza mejor la dominación burguesa: si una república con restricciones en el sufragio, o un régimen semi-dictatorial que consolida su legitimidad a través de formas plebiscitarias. Pero, más allá de esta cuestión (a la que volveremos en la segunda parte del artículo), lo que aquí queremos destacar es una forma de mirar el conflicto político en términos de detectar cuáles son los actores que entran en escena y cómo se alinean y de qué manera su presencia (o ausencia) y las alianzas entre ellos, inciden en la configuración de la correlación entre las diversas fuerzas/clases. Con estos elementos (actores en escena, grados de protagonismo, geometría del escenario y bloques de alianzas) contamos con un punto de arranque para el estudio de la coyuntura política, siempre pensada en términos dinámicos y no estáticos.

LAS CARACTERÍSTICAS DEL ESCENARIO: ARQUITECTURA INSTITUCIONAL E IMAGINARIO

El análisis también tiene que observar las características del escenario, lo cual involucra las características del Estado, en particular, sus aspectos institucionales, pero también los imaginarios que se han conformado en torno a ellas.

Recordemos que la concepción de Estado en Marx parte de la crítica a Hegel, para quién el Estado flota por encima de los antagonismos de clase (por lo cual sería un error pensar que Marx ve el bonapartismo desde esta perspectiva). En cambio, para Marx en las sociedades clasistas, la política es la esfera de la

alienación, por lo cual está claramente contra la veneración del Estado y, frente a Hegel, sostendrá que todos los Estados disfrazan los intereses particulares de ciertos grupos como el interés universal (Borón: 2003).

El carácter del Estado posee una cierta independencia en relación con la cuestión de la representación, es decir, de quiénes ocupan los cargos gubernativos, pues se define por los efectos de la acción estatal sobre la dominación de clase en tanto predominio de un modo de producción. Como lo plantea, Therborn (1998: 155), "*el carácter de clase de un Estado determinado no se refiere necesariamente a quién mueve las cuerdas entre bastidores, sino al efecto sobre la sociedad de las acciones del Estado*", y esto lo que muestra "*quién es la clase dominante de esa sociedad*".

Por este motivo es que Marx afirma que el régimen bonapartista, más allá de su independencia de la clase capitalista, mantiene la salvaguarda de la sociedad capitalista. De modo que, como sostiene Paul Wetherly, parece importar poco si la clase capitalista mantiene o no el poder político, cuando en cualquier caso el contexto estructural del Estado induce que se cumpla la misión de mantener la seguridad de los intereses de la clase dominante (Wetherly: 2002, p. 198). De hecho, esta interpretación, en realidad abre toda la cuestión de la autonomía relativa del Estado, pero que, incluso, considero debe pensarse en términos más complejos, abandonando toda idea instrumentalista del Estado, para avanzar en pensarlo en términos de terreno en disputa. Aunque corresponde aclarar que esto no implica negar su carácter de clase, en la medida en que, si no se logra poner en duda el carácter capitalista de la sociedad, el Estado continuará refrendando un determinado orden social e, incluso, el mismo dependerá de que la burguesía reinvierta, al menos, parte de sus ganancias. Y es que, reconociendo cierta certeza en el enfoque de Hobbes, todo gobierno requiere para mantener su legitimidad que el Estado logre preservar el orden social, a menos que logre embarcar a la sociedad en un proceso de cambio social profundo (e incluso en estos casos, más allá de algún momento disruptivo, un mínimo de orden siempre es necesario).

Ahora bien, en el 18B Marx no se limita a esta caracterización general del Estado sino que aborda específicamente, la "arquitectura institucional del Estado" (Jessop: 2002, p. 181). Pues esta arquitectura constituye una estructura que constriñe diferencialmente y facilita algunas estrategias y tácticas, y provee objetivos estratégicos por sí misma al poner a las diversas fuerzas políticas a mantenerla o transformarla. Y esta arquitectura, a su vez, es el resultado de las luchas de clases pasadas. De modo que la forma general del Estado y la forma particular del régimen político modifican el balance de las fuerzas y entonces devienen, ellas mismas, objetivos de la lucha de clases (Jessop, 2002: 189). Un error de los sectores más claramente revolucionarios en esta coyuntura iniciada en febrero de 1848 fue que no tocaron el aparato estatal "*La antigua organización administrativa, municipal, judicial, militar, etc. se mantuvo intacta, y allí donde la Constitución la modificó, estas modificaciones afectaban a la etiqueta y no al contenido, al nombre, no a la cosa*" (Marx: 1973a, p. 31).

En cambio, en 1871, la Comuna de París sí avanzó en este sentido, lo cual fue claramente puesto por Marx como un ejemplo de las acciones que debía desarrollar una revolución proletaria (Marx: 1980).

Como señala Jessop (2002, p. 190), las transformaciones del Estado, o sus continuidades, no son inocentes. Son parcialmente el resultado de las acciones políticas conscientes dirigidas a asegurar modificaciones en el balance de las fuerzas. Esto se puede observar en la lucha de posiciones de Luis Bonaparte para centralizar el poder en manos del presidente, y finalmente, aventurarse al golpe de estado. Un golpe de estado que, por momentos, es caracterizado por Marx como contrario a la forma de gobierno burguesa.

Como ejemplo de la incidencia de la arquitectura del Estado sobre la dinámica política, podemos ver cómo analiza Marx el efecto de lo establecido en la Constitución francesa y el control efectivo sobre el aparato del Estado (que, en líneas generales, se mantuvo intacto desde la monarquía)⁷. Marx considera las

⁷ El análisis de Marx sobre esta cuestión es tan detallado que, para Riquelme, este antagonismo entre el ejecutivo y el

disposiciones legales, sobre quién puede fiscalizar y quién no, qué facultades tienen, y la capacidad de nombrar funcionarios. También tiene en cuenta otros planos, como si puede actuar en secreto o no. Muy agudamente, Marx contrapone las disposiciones sobre la relación de poderes entre la Asamblea Nacional y la figura presidencial. Por un lado, reconoce que en términos generales la Constitución es sumamente favorable a la Asamblea Nacional:

(...) los únicos artículos absolutos, positivos, indiscutibles y sin tergiversación posible, son los que determinan las relaciones entre el presidente y la Asamblea Legislativa [...] se trataba, para los republicanos burgueses, de asegurar su propia posición [...] la Asamblea Nacional puede eliminar al presidente de un modo constitucional, mientras que el presidente sólo puede eliminar a la Asamblea Nacional inconstitucionalmente, desechando la Constitución misma (Marx: 1973a, p. 32).

(...) 750 representantes del pueblo, elegidos por sufragio universal y reelegibles, que forman una Asamblea Nacional no fiscalizable, indisoluble e indivisible, una Asamblea Nacional que goza de omnipotencia legislativa... (Marx: 1973a, p. 33).

Pero, por otro lado, analiza el poder con que efectivamente cuenta el presidente, tanto en términos de designar al funcionariado, como de controlar efectivamente el "Poder armado":

(...) con todos los atributos del Poder regio, con facultades para nombrar y separar a sus ministros, independientemente de la Asamblea Nacional, con todos los medios del Poder ejecutivo en sus manos, siendo el que distribuye todos los puestos y el que, por tanto, decide en Francia la suerte de más de millón y medio de existencias, que dependen de los 500.000 funcionarios y oficiales de todos los grados. Tiene bajo su mando todo el Poder armado (Marx: 1973a, p. 33).

Además, Marx sopesa las diferentes condiciones en que cada institución delibera para tomar sus decisiones:

Mientras que la Asamblea Nacional actúa constantemente sobre las tablas, expuesta a la luz del día y a la crítica pública, el presidente lleva una vida misteriosa en los Campos Elíseos... (1973a, p. 33).

Si estas son las características institucionales de los poderes del Estado (ejemplificados con las atribuciones de la Asamblea Nacional y la Presidencia), Marx también incluye en sus análisis un plano más vinculado a lo imaginario, en tanto creencias relativamente compartidas por la mayoría, en relación a estos dos poderes estatales⁸. Describe de qué manera, cada uno de ellos presenta un tipo de relación imaginaria diferente con la ciudadanía:

Mientras que cada uno de los representantes del pueblo sólo representa a este o a aquel partido, o a esta o aquella ciudad [...] él es el elegido de la nación, y el acto de su elección es el gran triunfo que se juega una vez cada cuatro años el pueblo soberano. La Asamblea Nacional elegida está en una relación metafísica con la nación, mientras que el presidente elegido está en una relación personal. La Asamblea Nacional representa sin duda, en sus distintos diputados, las múltiples facetas del espíritu nacional, pero en el presidente se encarna este espíritu. El presidente posee

legislativo reemplaza el anterior antagonismo entre los partidos como el principal factor de la situación (Riquelme, 1980: 64); un juicio que, personalmente, solo comparto acotado al momento en que la disputa se restringe a la lucha entre Luis Bonaparte y el "partido del orden", pues los demás actores han quedado fuera de la escena, o muy marginados.

⁸ Respetando cierta generalidad del planteo de Marx sobre "lo imaginario", no nos adentramos en la cuestión de sus fundamentos psicoanalíticos, tal como hace, por ejemplo, Stavrakakis (2007) en su análisis de los aportes de Lacan para pensar la política.

frente a ella una especie de derecho divino, es presidente por la Gracia del Pueblo (Marx: 1973a, p. 34).

Es que la Constitución daba al presidente "el Poder efectivo", y a la Asamblea Nacional "el Poder moral". Pero "es imposible atribuir un Poder moral mediante los artículos de una ley" (*Ibidem*, p. 34). Por eso concluye que "la Constitución [en su sentido parlamentarista] aquí vuelve a anularse a sí misma, al disponer que el presidente será elegido por todos los franceses mediante sufragio universal y directo" (*Ibid.*, p. 34).

Este plano imaginario de la política, también es analizado por Marx en relación a lo militar. Más específicamente, destaca la existencia de un imaginario de que la Guardia Nacional era invencible, y da cuenta de qué manera esta creencia se diluyó por una errada táctica política. Los sectores republicanos (la Montaña) habían declarado que, por su ataque militar a la república romana, Luis Bonaparte estaba "fuera de la Constitución". Y como forma de intentar resolver esta disputa constitucional, organizó para el 13 de junio de 1849, una marcha, pero desarmada, de la Guardia Nacional para apoyar esta declaración. El ejército no tuvo inconvenientes en lograr dispersar esta movilización que, entonces, no solo no logró defender la declaración contra Bonaparte, sino que tuvo como resultado accesorio el efecto de destruir la convicción de la creencia de la omnipotencia de la Guardia Nacional. Este cuerpo, en las revoluciones de 1830 y 1848, había decido la situación con su solo posicionamiento, de modo que

(...) así fue arraigando la convicción de que la revolución no podía vencer *sin* la Guardia Nacional, ni el ejército podía vencer *contra* ella. Era la fe supersticiosa del ejército en la omnipotencia civil (*Ibid.*, p. 61).

Marx deja en claro que la dispersión de la Guardia Nacional no era una cuestión estrictamente militar, sino simbólico-militar:

Es cierto que no opusieron al ejército sus armas, sino sólo sus uniformes, pero en este uniforme estaba precisamente el talismán. El ejército se convenció de que el tal uniforme era un trapo de lana como otro cualquiera. El encanto quedó roto (*Ibid.*, p. 62).

Corresponde, entonces, reflexionar acerca de que, si bien el plano de lo militar aparece en repetidas ocasiones en el 18B como el nivel en el que finalmente se resuelven la lucha de clases, este es, sin embargo, un plano político-militar, en el cual las creencias y las representaciones juegan un papel clave. Es que las creencias y la interpretación de los fenómenos (como luego analizará Gramsci en relación con el momento político-militar)⁹ determinan los cursos de acción, en este caso militares.

En este mismo sentido, de atender el plano de las creencias en sus efectos sobre la dinámica militar, Engels, en su "Introducción" a LCF (escrita en 1895), otorga un papel muy significativo al cambio en las representaciones que los soldados tenían de los integrantes de las barricadas revolucionarias. Si a mediados del siglo, "el soldado [...] veía detrás de ella al 'pueblo';", para fines del siglo solo veía a "rebeldes, a agitadores, a saqueadores, a partidarios del reparto, a la vez de la sociedad...". Por lo cual "la barricada había perdido su encanto", y su efectividad político-militar (Marx: 1973b, p. 29).

Este plano de lo imaginario, aunque mantiene cierta autonomía por su sedimentación en creencias arraigadas, se vincula, obviamente, con el del lenguaje y la lucha por cómo significar los eventos y procesos, que a continuación comentamos. Es que, ni la arquitectura institucional, ni los imaginarios resultan inmodificables. Por el contrario, son objeto de la lucha política, tanto en el plano de reformas en las instituciones estatales, como en las significaciones.

⁹ Gramsci (1986, tomo V, p 38, CC 13 § 17); para un análisis detallado de esta cuestión, puede consultarse Frosini (2010, pp. 189-204).

LAS DISPUTAS POR LAS SIGNIFICACIONES

Otro plano del análisis de la escena política es el de la lucha por imponer determinadas significaciones a los eventos y procesos puntuales. La escena también está definida por las discursividades que permiten construir intereses e identidades e incluso significar un acontecimiento para poder capitalizarlo políticamente¹⁰. De modo que, la escena también se define por las significaciones que logran instituirse. Tal como plantea Rodríguez (2014, p. 87) la escena política aparece “como un espacio simbólico, que no necesariamente corresponde al espacio institucionalizado de la política”.

Se produce una lucha por la significación de cada proceso político. Marx analiza cómo todos los partidos pujaron por significar la revolución de febrero de 1848: “cada partido la interpreta a su manera” (23). Recordemos que los acontecimientos se precipitaron en un “afortunado golpe de mano” a partir de unas jornadas que “*proponíanse primitivamente como objetivo una reforma electoral*” (Marx: 1973a, p. 23). Por lo tanto, en la medida que la revolución no fue planificada, cada partido procuró fijar su propia interpretación de la misma.

La disputa por las significaciones se da no solo acerca de cómo conceptualizar todo un proceso político, sino también en torno a cómo interpretar acontecimientos puntuales. De modo que la clave explicativa no estará en el mero acontecimiento fáctico, sino en qué interpretación del mismo logra imponerse¹¹. Así, por ejemplo, cuando los partidos monárquicos, con su mayoría parlamentaria, habían conseguido la victoria sobre los republicanos reprimiendo la ya mencionada movilización del 13 de junio de 1849, el presidente Luis Bonaparte supo disputar exitosamente (a través de afiches) la representación de quién había triunfado, y esto es lo que finalmente destaca Marx:

El partido del orden había conseguido la victoria y Bonaparte no tenía que hacer más que embolsársela [...] El 14 de junio pudo leerse en los muros de París una proclama en la que el presidente, como [...] obligado simplemente por la fuerza de los acontecimientos, sale de su recato claustral, se queja, como la virtud ofendida, de las calumnias de sus adversarios, y, mientras parece identificar a su persona con la causa del orden, identifica a la causa del orden con su persona (*Ibidem*, p. 60).

En la última proposición es posible observar cómo Marx señala la construcción por parte de Luis Bonaparte de una relación equivalencial entre el orden y su persona. Ambos significantes, que obviamente no son idénticos, son presentados como tales a través de la construcción de una relación equivalencial recíproca. Entonces, a través de ciertas estrategias comunicacionales, el presidente crea (o, mejor dicho, procura crear) un vínculo entre significantes que no tienen ninguna relación de reciprocidad por sí mismos. Y esta nueva significación de su persona y del orden la intenta imponer como la significación válida acerca de un fenómeno pasado reciente. Laclau y Mouffe (1987) propondrán esta operación de construcción de vínculos equivalenciales como la clave en la construcción de toda hegemonía, aunque sin hacer ninguna referencia a estas elaboraciones implícitas en Marx.

Para finalizar este análisis de la forma en que Marx destaca el papel de la significación en su impacto en la escena política, podemos observar que la conceptualización de las opciones de acción y la imposición de una determinada significación, tienen efectos futuros sobre las conductas legítimas o plausibles. Así, por ejemplo, la construcción, por parte de los representantes burgueses, de una mirada estigmatizante hacia toda insurrección en defensa del sistema constitucional, produjo que, luego, los mismos políticos tuvieran enormes

¹⁰ Para un análisis más detallado de la relación entre lenguaje y dinámica política en *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, consultar Autor (en prensa-b).

¹¹ Como afirmará más tarde Voloshinov (1929: 120), “no es la vivencia la que organiza la expresión, sino por el contrario, es la expresión la que organiza la vivencia, le da por primera vez una forma y una determinación del sentido”.

limitaciones para defenderse frente al golpe de estado que tuvo lugar contra ellos un tiempo después. Marx analiza cómo la burguesía, a través del "partido del orden" (los diputados monárquicos), al haber instalado en la opinión pública, frente a las acciones de los republicanos, que toda defensa armada de la Constitución era equivalente a la "anarquía", luego careció de las armas necesarias para defenderse del golpe de estado dado en su contra por Luis Bonaparte:

(...) al estigmatizar la insurrección en defensa del régimen constitucional como anárquica, como un movimiento encaminado a subvertir la sociedad, la burguesía cerraba a sí misma el camino del llamamiento a la insurrección, tan pronto como el Poder ejecutivo violase la Constitución [como ocurrió el diciembre de 1851]" (Marx: 1973a, p. 59).

Hasta aquí hemos analizado los efectos teóricos y metodológicos de pensar la dinámica política en base a la metáfora del escenario teatral, con su composición de actores, su balance de fuerzas, sus alineamientos, su estructura institucional y también imaginaria, y la propia lucha que se despliega, en ese escenario, para significar los eventos y los procesos políticos concretos. En la segunda parte del artículo, nos centraremos en analizar las valoraciones sobre un tipo de escenario particular, el de la república parlamentaria.

EL ESCENARIO DE LA REPÚBLICA PARLAMENTARIA

Como decíamos al inicio, la LCF y el 18B contienen una tensión a la hora de caracterizar a la república parlamentaria: no queda claro si Marx la considera como la mejor (o tal vez la única) forma política para organizar la dominación de la burguesía, o, en cambio, como un régimen político que puede poner en discusión esta dominación (o, incluso más, que muy probablemente la ponga en crisis). En varios pasajes de estas obras, la república parlamentaria es descrita como una república burguesa, en tanto sería la forma política más acorde con la dominación de la burguesía. En este sentido, Marx afirma que la propia "derrota de los insurrectos de Junio", "había puesto de manifiesto que en Europa se ventilaban otras cuestiones que la de 'república o monarquía'. Había revelado que aquí *república burguesa* equivalía a despotismo ilimitado de una clase sobre otras clases" (Marx: 1973a, p. 26). Si bien cabe notar que no está hablando de toda república, sino de una adjetivada como "burguesa", resulta claro que Marx reduce la importancia de la dicotomía sobre la forma de gobierno (república o monarquía) y pone el acento en su carácter social, de clase.

En cuanto a la funcionalidad de la república parlamentaria en relación a la dominación burguesa podrían distinguirse dos motivos desplegados en el 18B y la LCF. En primer lugar, con la república parlamentaria, la burguesía consigue solucionar el problema de su representación, en tanto conjugación de los intereses de sus distintas fracciones. Cada una de ellas poseería sus representantes parlamentarios, un método (electoral) para dirimir sus fuerzas en la política y un ámbito (el parlamento), donde resolver (pacíficamente) sus diferencias, llegando a acuerdos y gobiernos de coalición.

Si en nombre del rey, había dominado una parte reducida de la burguesía, ahora dominará la totalidad de la burguesía en nombre del pueblo (Marx: 1973a, p. 24).

La *República parlamentaria* era [...] la condición inevitable para su [de la gran propiedad y de la industria] dominación *en común*, la única forma de gobierno en que su interés general de clase podía someter a la par las pretensiones de sus distintas fracciones y las de las otras clases de la sociedad (*Ibidem*, p. 103).

En términos de Therborn (1998), es un régimen político que soluciona bastante bien el problema de cómo organizar la representación de las distintas fracciones de la burguesía¹².

Y, en segundo lugar, la república parlamentaria sería algo más que el terreno neutral donde convivían las fracciones burguesas, sería la forma política que posibilitaría presentar sus intereses particulares como generales. "En el parlamento, la nación elevaba su voluntad general a ley, es decir, elevaba la ley de la clase dominante a su voluntad general" (*Idid.*, p. 130)¹³.

Al respecto Boito (2002, p. 129) señala que "la apariencia universalista de ese Estado [capitalista], fruto del derecho igualitario y de la burocracia profesional formalmente abierta a todas las clases, esa apariencia contamina a todos los partidos políticos burgueses y pequeño burgueses y a todas las corrientes de opinión". De modo que todos los partidos y el Estado disimulan sus intereses de clase.

Por estos dos motivos, la república parlamentaria aparece como la condición inevitable para la dominación burguesa. Así es descrita la república que surge de las elecciones de abril de 1848:

(...) es la república que no representa ningún arma revolucionaria contra el orden burgués. Es, por el contrario, la reconstrucción política de éste, la reconsolidación política de la sociedad burguesa, la *república burguesa* (Marx: 1973b, p. 68).

Y también encontramos en la LCF una crítica directa al sufragio universal:

El sufragio universal había cumplido su misión. La mayoría del pueblo había pasado por la escuela de desarrollo, que es para lo único que el sufragio universal puede servir en una época revolucionaria. Tenía que ser necesariamente eliminado por una revolución o por la reacción (*Ididem*, pp. 173-174).

Sin embargo, para Marx la cuestión no es tan lineal como emerge de los párrafos recién transcritos. Al mismo tiempo, en los textos se plantea que la república parlamentaria le presenta una serie de dificultades a la burguesía para organizar su dominación sobre esta base institucional. En este sentido, para Poulantzas, la democracia representativa, por muy mutilada que sea, no deja de ser una inscripción, en el seno de la materialidad del Estado, de las luchas y resistencias populares. Es el límite más decisivo al poder del Estado (Poulantzas: 1985, p. 83). Y para Therborn (1998), la forma republicana-democrática obliga a extremar los mecanismos de mediación que procuran lograr que las clases dominadas se sometan al orden social establecido y contribuyan a su funcionamiento. Rosenberg describió la tensión entre los aspectos positivos y negativos del sufragio universal, base de las democracias representativas, en los siguientes términos: "*la revolución de 1848-1849 les enseñó a los verdaderos demócratas y socialistas que el autogobierno del pueblo presupone siempre el sufragio universal, pero que su caricatura es compatible con la opresión más brutal de las masas populares*" (Rosenberg, 1938: 147).

Hemos agrupado los problemas que Marx presenta en el 18B y en la LCF en torno a la relación entre república parlamentaria y dominación burguesa en tres tipos de dificultades: de visibilidad, de agitación política permitida por la dinámica de la opinión pública y las libertades civiles, y de participación electoral de las masas populares.

¹² Sobre esta cuestión de la representación burguesa, es decir sobre las diferentes formas que ha desplegado la burguesía para encontrar personal en la jerarquía estatal que promueva y defienda sus intereses y su modo de producción, contamos con una excelente sistematización en el capítulo dedicado a la "representación" en Therborn (1998).

¹³ Sobrevalorar esta cuestión, en particular el sentimiento de representación por parte de los parlamentarios, es lo que conduce a Perry Anderson (1978) a una subvalorización del papel de la hegemonía en la sociedad civil.

En primer lugar, el problema de visibilidad hace referencia a que en la república parlamentaria se agravan los problemas de la burguesía por tener que luchar contra las clases sojuzgadas, sin poder esconderse detrás de la corona, sobre todo, si todas tienen acceso al sufragio para elegir a los representantes:

(...) la república [...] socavaba su base social, ya que ahora se enfrentaban con las clases sojuzgadas y tenían que luchar con ellas sin ningún género de mediación, sin poder ocultarse detrás de la corona, sin poder desviar el interés de la nación mediante sus luchas subalternas intestinas y con la monarquía (Marx: 1973a, p. 51).

De algún modo, la ascensión de Luis Bonaparte al título de emperador y, en general, el bonapartismo como forma de gobierno va a tender a solucionar este problema de la visibilidad. En este sentido, Domenico Losurdo (2004) argumenta que la forma de dominación burguesa típica es un "bonapartismo *soft*", estructurado en torno a un líder, fortalecido por su investidura popular de tipo plebiscitario, dotado de amplios poderes frente al legislativo, con un gigantesco aparato propagandístico y de persuasión oculta a su disposición. Losurdo estira el concepto de modo que parcialmente incluye los sistemas democráticos con poca participación popular. Personalmente, no considero útil una flexibilización tan amplia del concepto de bonapartismo, ya que termina negando la contracción entre democracia y burguesía que planteara Marx y que constituye el centro de la pregunta por la hegemonía. De todos modos, esto no implica que el enfoque de Losurdo no provea inteligentes aportes para abordar la cuestión.

En segundo lugar, otra dificultad para consolidar la dominación burguesa en un contexto de república parlamentaria surge del hecho de que "el régimen parlamentario vive de la discusión" (Marx: 1973a, p. 70). Incluso, necesita de la apelación a la opinión pública, por lo cual

Todo interés, toda institución social se convierte aquí en ideas generales, se ventilan bajo forma de ideas [...] La lucha de los oradores en la tribuna provoca la lucha de los plumíferos de la prensa, el club de debates del parlamento se complementa necesariamente con los clubs de debates de los salones y de las tabernas, los representantes que apelan continuamente a la opinión del pueblo autorizan a la opinión del pueblo para expresar en peticiones su verdadera opinión (*Ibid.*, p. 70).

Las propias libertades civiles se constituyen en un problema para la dominación burguesa. Es por eso que Marx señala que el "partido del orden" pasó a calificar a todas estas libertades y a la propia civilización moderna como "socialistas".

Y esto no era mera retórica, moda, táctica de partido. La burguesía tenía conciencia exacta de que todas las armas forjadas por ella contra el feudalismo se volvían contra ella misma, de que todos los medios de cultura alumbrados por ella se rebelaban contra su propia civilización, de que todos los dioses que había creado la abandonaban. Comprendía que todas las llamadas libertades civiles y los organismos de progreso atacaban y amenazaban al mismo tiempo en la base social y en la cúspide política a su *dominación de clase*, y por tanto se habían convertido en 'socialistas' (*Ibid.*, p. 69).

Esta tensión entre el debate ideológico, las libertades civiles y la dominación burguesa, es la que habría llevado a Marx a plantear, que

(...) en países de vieja civilización, con una formación de clase desarrollada, con condiciones modernas de producción y con una conciencia intelectual, en la que todas las ideas tradicionales se hallan disueltas por un trabajo secular, la república no significa en general más que la forma revolucionaria de la destrucción ["die revolutionäre Zerstörungsform"] de la sociedad burguesa y no la forma conservadora de su desarrollo, como, por ejemplo, en los Estados Unidos de América...

(1852, traducción propia del texto italiano de Marx, 1976, reproducido en Frosini: 2009, p. 89, con sus partes en alemán).

Notar que en la segunda edición, de 1869, lo modificó suavizando la formulación: "la república no significa en general más que la forma política de la transformación [subversión, en la traducción de la Editorial Progreso; "politische Umwälzungsform"] de la sociedad burguesa y no su forma conservadora de vida" (Marx: 1973a, p. 26). Para Frosini (2009, p. 89), si en 1852 la "república" era todavía el terreno sobre el cual (dada la dictadura de clase de la burguesía) se desenvolvía el encuentro político decisivo con el proletariado, en 1869 este encuentro se había internalizado en la sociedad burguesa y la "forma política" se había reducido a la expresión de un movimiento más profundo.

En tercer lugar, existiría una contradicción básica entre república parlamentaria y dominación burguesa que emergía de la vigencia del sufragio universal. Obviamente, repúblicas parlamentarias con un sufragio censitario podrían eliminar esta fuente de problemas, pero lo interesante es que las democracias contemporáneas no recurren más a esta restricción clasista del voto. En palabras de Marx esta sería una contradicción significativa:

La contradicción de más envergadura de esta Constitución consiste en lo siguiente: mediante el sufragio universal, otorga la posesión del poder político a las clases cuya esclavitud social viene a eternizar: al proletariado, a los campesinos, a los pequeños burgueses. Y a la clase cuyo viejo poder social sanciona, a la burguesía, la priva de las garantías políticas de este poder. Encierra su dominación política en el marco de condiciones democráticas que en todo momento son un factor para la victoria de las clases enemigas y ponen en peligro los fundamentos mismos de la sociedad burguesa. Exige de los unos que no avancen, pasando de la emancipación política a la social; y de los otros que no retrocedan, pasando de la restauración social a la política (1973b, p. 87).

Por este motivo, aunque todo indicaría que a los "republicanos burgueses" no les gustaba este sufragio universal, "no podían deshacer" el hecho de que "*la revolución de Febrero había proclamado inmediatamente el sufragio universal y directo para remplazar el censo restringido*", y por lo tanto, "tuvieron que contentarse con añadir la condición restrictiva de un domicilio mantenido durante seis meses en el punto electoral" (Marx: 1973a, pp. 30-31).

Como plantea Visentin (2018, p. 39), en 1850, frente al terror a una "república social", para la burguesía "la democracia representativa aparecía insuficiente para defender los intereses de la clase dominante; por lo cual el partido del orden, antes de la intervención de Luis Bonaparte, canceló el sufragio universal".

En esta línea argumental, Antonini (2012) destaca que si bien la edición de 1852 tenía un párrafo sumamente irónico acerca del sufragio universal y la creencia en él (en el que, entre otras cosas, afirmaba que "*el creyente en el sufragio universal no quiere, naturalmente, renunciar a una fuerza prodigiosa que ha logrado cosas tan grandes en sí mismas, que ha transformado un Bonaparte II en un Napoleón...*"), este fragmento Marx lo suprimió en la edición de 1869. Para esta autora, si bien "*Marx era consciente de la posible deriva [negativa] del sufragio universal, por otro lado, creía que se podía usufructuar útilmente la modalidad democrática del ejercicio del poder para acercarse lo más posible a la realización del ideal propio*". Por eso sostiene que, la reflexión de Marx se mueve entre estos dos extremos (Antonini, 2012).

Personalmente considero que la existencia de esta contracción dentro de las repúblicas democráticas, en tanto basadas en el sufragio universal, es la que, desde el punto de vista analítico, toma imprescindible el concepto de hegemonía para entender cómo la burguesía puede continuar siendo la clase dominante siendo electoralmente muy minoritaria. Ya que, históricamente, la burguesía ha tenido gran habilidad para solucionar esta contradicción, no solo en forma coyuntural, sino también estructuralmente.

Por estos tres motivos, no habría una identidad entre dominación burguesa y república democrática. Esta diferencia estructural permitiría comprender mejor los permanentes apoyos de la burguesía a los regímenes dictatoriales de cualquier tipo. Incluso más, como señala Carver (2003, pp. 10-11), el mensaje de Marx en el 18B podría ser que en las políticas "burguesas" democráticas hay un coqueteo incorporado con el autoritarismo y el poder militar, y que las teorizaciones sobre la democracia que lo omiten presentan serias deficiencias. Es por esta tensión que las repúblicas burguesas deben recurrir constantemente al "estado de sitio":

¡Magnífico invento, aplicado periódicamente en cada una de las crisis sucesivas en el curso de la revolución francesa! Y el cuartel y el vivac, puestos así, periódicamente por encima de la sociedad francesa para aplastarle el cerebro y convertirla en un ser tranquilo... (Marx: 1973a, pp. 36).

En esta línea argumental, quisiera plantear la hipótesis de que para lograr la continuidad de un régimen parlamentario que permitiese profundizar en las contradicciones enumeradas entre esta forma de gobierno y la dominación burguesa, habría que limitar democráticamente la intervención militar. Se debería consolidar de tal modo el régimen democrático que se impidiera la resolución de la lucha por otros medios. En este sentido, Snyder (2003, p. 29) sostiene que el 18B tiene como una de sus mayores preocupaciones el analizar el control civil de los militares como un principio fundamental del republicanismo. De hecho, el análisis de Marx muestra que, al abandonar el principio del control democrático sobre el ejército, la burguesía recortó su capacidad para retener el poder político (Snyder: 2003, p. 30). Más concretamente, fue así como los representantes burgueses republicanos perdieron la batalla frente a Luis Bonaparte. Recordemos que Marx analiza el error que cometió el parlamento en torno a la ley de los cuestores que habría de "*fixar el derecho de la Asamblea Nacional a requerir directamente el auxilio de las tropas, a crear un ejército parlamentario*":

Cuando en vez de requerir inmediatamente a las tropas, debatía sobre su derecho a requerirlas, revelaba la duda en su propio poder. Al rechazar la ley de los cuestores, confesaba abiertamente su impotencia (Marx: 1973a, pp. 122).

Entonces, podría interpretarse que, para Marx, solo si hubiera subordinación del poder militar, se abriría la posibilidad de una estrategia que profundizara la contradicción entre república parlamentaria y dominación burguesa, radicalizando la participación democrática de modo que se tornase imposible la dominación burguesa en un contexto democrático, incluso llegando a incorporar el debate de la mejor organización social de la producción.

Debido a esta base militar del poder político, podemos ver en el 18B que, en relación con la estrategia política, Marx oscila sobre si entrar o no en la lucha democrática como forma de avance o si lanzarse directamente en la vía armada revolucionaria. En lo que no existen ambigüedades en el 18B es que para Marx no hay que encarar ambas estrategias a la vez en una coyuntura específica. Se debe decidir por las armas o la acción parlamentaria, nunca por las dos juntas. Analizando la acción de la nueva Montaña, socialdemócrata, en junio de 1849, cuando llamaron a defender la Constitución con la Guardia Nacional, pero la hicieron desfilar desarmada, plantea que "*Si la Montaña quería vencer en el parlamento, no debió llamar a las armas. Y si llamaba a las armas en el parlamento, no debía comportarse en la calle parlamentariamente*" (Marx: 1973a, pp. 56).

Por eso, otra enseñanza que Marx extrae sobre la táctica política es la de no caer en las provocaciones:

Inmediatamente después de reunirse la Asamblea Nacional, el partido del orden provocó a la Montaña. La burguesía sentía ahora la necesidad de acabar con los demócratas pequeñoburgueses, lo mismo que un año antes había comprendido la necesidad de acabar con el proletariado revolucionario. Pero la situación del adversario era distinta. La fuerza el partido proletario estaba en

la calle, y la de los pequeño burgueses en la misma Asamblea Nacional. Tratábase, pues, de atraerlos de la Asamblea Nacional a la calle y hacer que ellos mismos destrozasen su fuerza parlamentaria antes de que tuviesen tiempo y ocasión para consolidarla. La Montaña corrió hacia la trampa a rienda suelta (Marx: 1973a, pp. 54).

Esta derrota, más la que ya había tenido el proletariado de París un año antes, en junio de 1848, y el propio cierre de todo el experimento republicano en 1851 significaron un duro revés para el proyecto revolucionario, del que recién se recuperaría el proletariado veinte años más tarde en la Comuna de París de 1871, para ser nuevamente derrotado.

Podemos concluir que, destacar las posibilidades de la lucha proletaria en el marco democrático y las dificultades que este escenario le genera a la burguesía, no implica idealizar la dinámica del poder y pensar que la resolución político-legal de un conflicto implica su resolución real, ya que el plano de lo militar está siempre funcionando como el último recurso de los sectores dominantes: la apelación al terror (Thornborn: 1991, pp. 77-78). Marx analiza cómo “el espantoso atentado del 16 de abril [de 1848] suministró el pretexto para *dar al ejército orden de regresar a París* (verdadera finalidad de aquella comedia tan burdamente montada)” (1973b, p. 66). Y que serviría, a los dos meses, para la salvaje represión de la insurrección de junio.

Y, de hecho, no es solo el último recurso, sino casi siempre también el primero: habitualmente las constituciones surgen como cristalización jurídica de un orden previamente establecido por la resolución militar de las tensiones previas. En el caso del 18B, la república parlamentaria nació de la fuerza de las bayonetas, de la masacre de miles de obreros parisinos en las jornadas de junio de 1848 “*Si más tarde la Constitución fue muerta por las bayonetas [por el golpe de Estado de 1851], no hay que olvidar que también había sido guardada en el vientre materno y traída al mundo por las bayonetas, vueltas contra el pueblo*” (Marx: 1973a, p. 36).

De modo similar, más adelante Marx analizará como la tercera república nacerá de la sangrienta represión de la Comuna de París (Marx: 1980).

Pero estas cuestiones militares no deberían llevarnos a menospreciar la utilidad que los sectores populares pueden encontrar en el sufragio universal para disputar la dirección política de la sociedad a la burguesía, tal como más adelante desarrollará Engels en la “Introducción” a la LCF, escrita en 1895.

Además, la democracia no sería solo un medio de lucha, sino también un fin en sí mismo. En este sentido, describiendo el aglutinamiento de los distintos sectores populares contra el gobierno de Bonaparte y el “partido del orden”, Marx planteaba:

Hemos visto cómo, unos tras otros, los campesinos, los pequeños burgueses, las capas medias en general, se iban colocando junto al proletariado, cómo eran empujados a una oposición abierta contra la república oficial y tratados por ésta como adversarios. *Rebelión contra la dictadura burguesa, necesidad de un cambio de sociedad, mantenimiento de las instituciones democrático-republicanas como instrumentos para la transformación, agrupación en torno al proletariado como fuerza revolucionaria decisiva: tales son las características generales del llamado partido de la socialdemocracia, del partido de la república roja* (1973b, p. 155-156).

Es cierto que este era un programa de “coalicción de diferentes intereses”, pero usando las “instituciones democrático-republicanas como instrumentos para la transformación”. Un siglo de desviaciones autoritarias de las izquierdas en el poder deberían ser suficientes para desterrar toda idea de partido único de la revolución, de cierre del juego democrático en pos de un ideal de transparencia que siempre deriva en la tecnocracia y/o la burocratización y la represión sistemática. Al respecto siempre es bueno recordar las duras

críticas que escribiría (aunque no publicara) Rosa Luxemburgo a la experiencia rusa en relación con que mal podía empezar una revolución socialista recortando la participación democrática (Luxemburgo: 1980).

CONSIDERACIONES FINALES

Esperamos que a lo largo de la primera parte de este artículo hayamos podido profundizar acerca del significado de la metáfora del escenario y sus consecuencias sobre el análisis de la dinámica política. Creemos que ha quedado claro que, para Marx, el análisis debe comenzar por la descripción de los actores en escenario, pensados en términos de clases sociales, y en un planteo que sea dinámico, pues las clases no solo entran en escena, sino que también pueden salir de ella (ya sea por su derrota o por su autoexclusión). Esta movilidad y los reacomodamientos de alianzas reconfiguran las relaciones de fuerzas entre las clases, ya que se altera la geometría del escenario, en una especie de balanza en la cual la falta de actores en la izquierda, por ejemplo, debilita claramente a aquellos ubicados en el centro-izquierda. Además, hemos podido observar que Marx presta especial atención a la arquitectura institucional, analizando específicamente cómo incide la normativa en el poder de cada uno de los actores políticos, pero también teniendo en cuenta la forma en la que opera el imaginario existente en torno a las instituciones y sus ocupantes. Al final de esta primera parte, esperamos haber dejado en claro que la dinámica en el escenario se rige también por una disputa en torno a las significaciones, tanto de los procesos, como de los eventos puntuales o los horizontes de lo posible.

En la segunda parte del artículo, hemos distinguido las dos visiones contrapuestas en torno a la relación entre república parlamentaria y dominación burguesa que el propio texto de Marx contiene. De algún modo, sin idealizar las posibilidades que esta forma de gobierno presenta para disputar esta dominación, pues siempre estará presente el componente militar (como fundamento y/o como último recurso), consideramos que hay una visión más positiva que negativa de la misma en relación con el desarrollo de una estrategia emancipatoria.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anderson, P. (1978). *Las antinomias de Antonio Gramsci. Estado y Revolución en Occidente*. Barcelona, Editorial Fontamara.
- Antonini, F. (2012) Per una lettura delle idee di Marx su suffragio universale, uguaglianza e democrazia, *Marxismo Oggi*, numero speciale, pp. 111-139.
- Autor, (2016).
- Autor, (en prensa-a).
- Autor, (en prensa-b).
- Boito, A. Jr. (2002). Cena política e interesse de classe na sociedade capitalista - comentário em comemoração ao sesquicentenário da publicação de O Dezoito Brumário de Luis Bonaparte, *Revista Crítica Marxista*, São Paulo, n. 15, pp. 127-139.
- Borón, A. (2003). Filosofía política y crítica de la sociedad burguesa: el legado teórico de Karl Marx. En: A. Borón (comp.), *La filosofía política moderna*. Buenos Aires, CLACSO.

- Carver, T. (2003). Marx's *Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte* – Eliding 150 Years, *Strategies*, vol. 16 (1), pp. 5-11.
- Frosini, F. (2009). *Da Gramsci a Marx. Ideologia, verità e politica*. Roma, DeriveApprodi.
- Frosini, F. (2010). *La religione dell'uomo moderno. Politica e verità nei Quaderni del carcere di Antonio Gramsci*. Roma, Carocci.
- Gramsci, Antonio (1986). *Cuadernos de la Cárcel*. México, Editorial Era.
- Harries, M. (1995). Homo Alludens: Marx's Eighteenth Brumaire, *New German Critique*, 66, pp. 35-64.
- Jessop, B. (2002). The Political Scene and the Politics of Representation: Periodizing Class Struggle and the State in *The Eighteenth Brumaire*. En: M. Cowling y J. Martin (ed.), *Marx's Eighteenth Brumaire*. Londres, Pluto Press, pp. 179-194.
- Katz, C. (1992). Marx on the Peasantry: Class in Itself or Class in Struggle?. *The Review of Politics*, Vol. 54, No.1, pp. 50-71.
- Laclau, E. & Mouffe, C. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista*. Madrid, Siglo Veintiuno.
- Losurdo, D. (2004). *Democracia ou Bonapartismo. Triunfo e decadência do sufrágio universal*. Rio de Janeiro, Editora UFRJ/Editora UNESP.
- Luxemburgo, R. (1980 [1918]). La revolución rusa. En: R. Luxemburgo y G. Lukács, *Sobre la revolución rusa*. México, Grijalbo.
- Marx, K. (1973a [1852]). *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*. Buenos Aires, Editorial Anteo.
- Marx, K. (1973b [1850]). *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*. Buenos Aires, Anteo.
- Marx, K. (1980 [1871]). *La guerra civil en Francia*. Moscú, Progreso.
- Marx, K. (1971 [1875]). *Crítica del programa del Gotha*. Guadalajara, Ricardo Aguilera Editor.
- Marx, K. (1976). *Rivoluzione e reazione in Francia. 1848-1950*. Torino, Einaudi.
- Poulantzas, N. (1985). *Poder político y clases sociales en el estado capitalista*. México, Siglo XXI editores.
- Riquelme, J. (1980). The Eighteenth Brumaire of Karl Marx as Symbolic Action, *History and Theory*, vol. 19 (1), pp. 58-72.
- Rodríguez E. C. (2014). La política como representación en Marx. Una Interpretación de sus obras histórico-políticas, *Leviathan, Cuadernos de Investigación Política*, 9, pp. 79-110.
- Rosenberg, A. (1938). *Democracia y socialismo*. México, Cuadernos de Pasado y Presente, 86.
- Snyder, R. C. (2003). The Citizen-Soldier and the Tragedy of *The Eighteenth Brumaire*, *Strategies*, vol. 16 (1), pp. 23-37.
- Stavrakakis, Y. (2007). *Lacan y lo político*. Buenos Aires, Prometeo-UNLP.
- Therborn, G. (1991). *La ideología del poder y el poder de la ideología*. México, Siglo XXI.
- Therborn, G. (1998). *¿Cómo domina la clase dominante?* Madrid, Siglo XXI.
- Visentin, S. (2018). La critica dei soggetti collettivi tra *L'Ideologia tedesca* e *Il 18 Brumaio*. En: L. Basso, M. Basso, F. Raimondi y S. Visentin (ed.), *Marx: la produzione del soggetto*. Roma, DeriveApprodi, pp. 23-48.
- Voloshinov, V. (1929). *El marxismo y la filosofía del lenguaje*. Madrid, Alianza, 1992.

Wetherly, P. (2002). Making Sense of the 'Relative Autonomy' of the State. En: M. Cowling y J. Martin (ed.), *Marx's Eighteenth Brumaire*. Londres, Pluto Press, pp. 195-208.

BIODATA

Javier Balsa: Profesor, Licenciado y Doctor en Historia por la Universidad Nacional de La Plata y Magister en Ciencias Sociales por FLACSO. Investigador Independiente del CONICET, Profesor Titular en el área de Sociología y Director del Centro de Investigaciones sobre Economía y Sociedad en la Argentina Contemporánea (IESAC) de la Universidad Nacional de Quilmes (Argentina). Publicaciones más recientes: *Discurso, política y acumulación en el kirchnerismo*, "Formaciones y estrategias discursivas, y su dinámica en la construcción de la hegemonía" (*Papeles de trabajo*), "Pensar la hegemonía y la estrategia política en Latinoamérica" (*Prácticas de Oficio*), "The Concept of Hegemony in Discourse Analysis" (en *Cultural Hegemony in Scientific World: Gramscian Concepts for the History of Science*), "Pensar la estrategia política a partir de los aportes de las nuevas lecturas sobre la obra de Gramsci" (*Batalla de Ideas*) y "Pontos de diálogo entre a teoria de hegemonia de Laclau e os estudos da linguagem" (en *Pós-estruturalismo e Teoria do Discurso: A obra de Ernesto Laclau a partir de abordagens empíricas e teóricas*).